

PATRIA.

Entered as Second Class Matter at the New York, N. Y. Post Office, March 15th 1892.

DIRECCION.
120 Front Street, New York.
AÑO II. NÚMERO 76.

Nueva York, 26 de AGOSTO de 1893.

LA CORRESPONDENCIA SE DIRIGIRÁ A
GONZALO DE QUESADA.
120 FRONT ST., ROOM 13.—N. Y.

BASES

Del Partido Revolucionario Cubano.

Propuestas por encargo de la emigración de Cayo Hueso, y proclamadas unánimemente por las Emigraciones Cubanas y Puertorriqueñas, el 10 de Abril de 1892

Artículo 1.—El Partido Revolucionario Cubano se constituye para lograr, con los esfuerzos reunidos de todos los hombres de buena voluntad, la independencia absoluta de la Isla de Cuba, y fomentar y auxiliar la de Puerto Rico.

Art. 2.—El Partido Revolucionario Cubano no tiene por objeto precipitar inconsideradamente la guerra en Cuba, ni lanzar á toda costa al país á un movimiento mal dispuesto y discorde, sino ordenar, de acuerdo con cuantos elementos vivos y honrados se le unan, una guerra generosa y breve encaminada á asegurar en la paz y el trabajo la felicidad de los habitantes de la Isla.

Art. 3.—El Partido Revolucionario Cubano reunirá los elementos de revolucion hoy existentes y allegará, sin compromisos inmorales con pueblo ó hombre alguno, cuantos elementos nuevos pueda, á fin de fundar en Cuba por una guerra de espíritu y método republicanos, una Nación capaz de asegurar la dicha durable de sus hijos y de cumplir, en la vida histórica del continente, los deberes difíciles que su situación geográfica le señala.

Art. 4.—El Partido Revolucionario Cubano no se propone perpetuar en la República Cubana, con formas nuevas ó con alteraciones más aparentes que esenciales, el espíritu autoritario y la composición burocrática de la colonia, sino fundar en el ejercicio franco y cordial de las capacidades legítimas del hombre, un pueblo nuevo y de sincera democracia, capaz de vencer, por el orden del trabajo real y el equilibrio de las fuerzas sociales, los peligros de la libertad repentina en una sociedad compuesta para la esclavitud.

Art. 5.—El Partido Revolucionario Cubano no tiene por objeto llevar á Cuba una agrupación victoriosa que considere la Isla como su presa y dominio, sino preparar, con cuantos medios eficaces le permita la libertad del extranjero, la guerra que se ha de hacer para el decoro y bien de todos los cubanos, y entregar á todo el país la patria libre.

Art. 6.—El Partido Revolucionario Cubano se establece para fundar la patria una, cordial y sagaz, que desde sus trabajos de preparacion, y en cada uno de ellos, vaya disponiéndose para salvarse de los peligros internos y externos que la amenacen, y sustituir al desorden económico en que agoniza un sistema de Hacienda pública que abra el país inmediatamente á la actividad diversa de sus habitantes.

Art. 7.—El Partido Revolucionario Cubano cuidará de no atraerse, con hecho ó declaración alguna indiscreta durante su propaganda, la malevolencia ó suspicacia de los pueblos con quienes la prudencia ó el afecto aconseja ó impone el mantenimiento de relaciones cordiales.

Art. 8.—El Partido Revolucionario Cubano tiene por propósitos concretos los siguientes:

I.—Unir en un esfuerzo continuo y comun la accion de todos los cubanos residentes en el extranjero.

II.—Fomentar relaciones sinceras entre los factores históricos y políticos de dentro y fuera de la Isla que puedan contribuir al triunfo rápido de la guerra y á la mayor fuerza y eficacia de las instituciones que despues de ella se funden, y deben ir en germen en ella.

III.—Propagar en Cuba el conocimiento del espíritu y los métodos de la revolucion, y congregar á los habitantes de la Isla en un ánimo favorable á su victoria, por medios que no pongan innecesariamente en riesgo las vidas cubanas.

IV.—Allegar fondos de accion para la realizacion de su programa, á la vez que abrir recursos continuos y numerosos para la guerra.

V.—Establecer discretamente con los pueblos amigos relaciones que tiendan á acelerar, con la menor sangre y sacrificios posibles, el éxito de la guerra y la fundacion de la nueva República indispensable al equilibrio americano.

Art. 9.—El Partido Revolucionario Cubano se regirá conforme á los Estatutos secretos que acuerden las organizaciones que lo funda

DIRECTORIO

DEL

Partido Revolucionario Cubano.

DELEGADO José Martí.
TESORERO Benjamin Guerra.
SECRETARIO de la Delegación. . . Gonzalo de Quesada.

CUERPOS DE CONSEJO.

De Cayo Hueso—*Presidente*, J. D. Poyo.
Secretario, Gualterio Garcia.
De Tampa—*Presidente*, J. Rojas.
Secretario, Estéban Candau.
De Nueva York—*Presidente*, Juan Fraga.
Secretario, Sotero Figueroa.
De Filadelfia—*Presidente*, Marcos Morales.
Secretario, J. González.
De Martí City, Ocala, *Presidente*, Guillermo Sorondo.
Secretario, Martín Rodriguez.
De Jamaica—*Presidente*, José María Rondón.
Secretario, J. M. Valdés.
De Veracruz—*Presidente*, José Miguel Macías.
Secretario, Ignacio Zarragoitia.

DIRECCIONES:

José Martí 120 Front Street.
Benjamin J. Guerra 281 Pearl Street.
Juan Fraga 839 Fulton Street, Brooklyn.
J. Rojas West, Tampa.
J. D. Poyo Key West, Fla.
Marcos Morales 514 Pine Street, Filadelfia.
Guillermo Sorondo Martí City, Ocala.
A. González P. O. Box 80 Kington, Ja.

CLUBS REVOLUCIONARIOS CUBANOS.

CAYO HUESO.

Unión y Libertad
Martir de San Lorenzo.
Carlos Manuel de Céspedes.
Luz de Yara.
Cabaniguán
Guásimas de Jimaguayú.
José Francisco Lamadrid.
Occidente.
Juan Millares, nº 1.
Patria y Libertad.
Liga Patriótica Cubana.
Perico Cestero.
Francisco V. Aguilera.
Hatuey.
Yaguaramas intransigentes.
Pedro Figueroa.
Cecilio Gonzalez.
Key West.
Donato Marmol.
Cayo Hueso.
Thomas Jordan.
Santiago de las Vegas.
Lares y Yara.

Modesto Diaz, nº 1.
Agustín Santa Rosa.
Lamton Lorraine.
Tte. Cor. Juan Manzon, nº 2.
Jesús del Sol, nº 2.
Vanguardia de S. Sánchez.
Juan Miyares, nº 2.
Gaspar Agüero.
Brig. José González Guerra.
Rifleros de la Habana nº 1.
Rifleros de las Villas.
Modesto Diaz, nº 2.
Donato Marmol, nº 2.
Sebastián Amábilé y Correa.
Ayudantes de la Patria.
Los Treintitres de Goicoechea.
Rifleros de Máximo Gómez.
General Francisco Villamil.
Coronel J. M. Párraga.
Ramón L. Bonachea.
Caballería Camagüeyana.
Jimaguayú nº 2.
José R. Estrada.
Guáimaro.
Miguel Párraga.
Rifleros de Bembeta.
Rafael Morales.
Santa María del Rosario.
Julio Grave de Peralta.
Cuba Independiente.
Fermín Salvoechea.
Protectoras de la Patria.
Regimiento Enrique Reeves.
Mercedes Varona nº 2.
Hijas de la Libertad.
Díez de Octubre.
Lorenza Díaz de Marcano.
Pío Rosado.
Luis Ayestarán.

ATLANTA.

Macheteros.
BOSTON.
Cuba y Borinquen.
STO. DOMINGO.
Guarionex.

NEW YORK.

Los Independientes.
José Martí.
Borinquen.
Pinos Nuevos.
Independientes de Cubanacán.
Mercedes Varona.
Las Dos Antillas.
Rifleros de la Habana nº 2.
Cuerpo de Ingenieros.
Guerrilla de A. Maceo.
Escolta de Martí.

BROOKLYN.

Henry Reeves, nº 2.
TAMPA.
Liga Patriótica.
Ignacio Agramonte.
Aguilera.
El Águila de Tampa.
Máximo Gómez.
Coronel Diego Dorado.
Guerrilla de Roloff.
Los Independientes de Tampa.
Cuba.
Obreras de la Independencia.
Plácido.
Salomé Hernández.
Pinos Nuevos nº 2.
Enrique Roig.
Díez de Abril.

JACKSONVILLE.

Club Político Cubano.
THOMASVILLE.
Güira de Melena.

CHICAGO.

Tello Lamar.
PHILADELPHIA.
Ignacio Agramonte, nº 3.
Silverio del Prado.
Hermanas de Martí.
Liga Cubana-Americana.
Marcos Morales.

OCALA.

Henry Reeves nº 3.
General Jordán.
José Aneonio Cortina.
Hijas de la Patria.
NEW ORLEANS.
Los Intapsigentes.
Estandarte de Cuba.
Díez de Octubre.

SAN AGUSTIN.

Padre Varela.
GAINESVILLE.
Club Político nº de Ganeisville.

JAMAICA.

José María Heredia.
Carlos Manuel de Céspedes.
Bernabé Varona.
Oriente.
Francisco Vicente Aguilera.
José Martí, nº 2.

MEXICO.

Aponte, nº 1.
Máximo Gómez, nº 2.
Protectoras del Ejército.
Angel A. Maestre.
Narciso López.
Protesta de Baraguá.
Hojas de América.
PANAMA.
Simón Bolívar.

A LA RAIZ.

Los pueblos, como los hombres, no se curan del mal que les roe el hueso con menurjes de última hora, ni con parches que les muden el color de la piel. A la sangre hay que ir, para que se cure la llaga. No hay que estar al remedio de un instante, que pasa con él, y deja viva y más sedienta la enfermedad. O se mete lo mano en lo verdadero, y se le quema al hueso el mal, ó es la cura impotente, que apenas remienda el dolor de un día, y luego deja suelta la desesperación. No ha de irse mirando como vengan á las consecuencias del problema, y fiar la vida, como un eunuco, al vaivén del azar: hombre es el que le sale al frente al problema, y no deja que otros le ganen el suelo en que ha de vivir y la libertad de que ha de aprovechar. Hombre es quien estudia las raíces de las cosas. Lo otro es rebaño, que se pasa la vida pastando ricamente y balándole á las novias, y á la hora del viento sale perdido por la polvareda, con el sombrero de alas pulidas al cogote y los puños galanes á los tobillos, y mueren revueltos en la tempestad. Lo otro es como el hospicio de la vida, que van perennemente por el mundo con chichonera y andadores. Se busca el origen del mal: y se va derecho á él, con la fuerza del hombre capaz de morir por el hombre. Los egoístas no saben de esa luz, ni reconocen en los demás el fuego que falta en ellos, ni en la virtud agena sienten más que ira, porque descubre su timidez y avergüenza su comodidad. Los egoístas, frente á su vaso de vino y panal, se hurlan, como de gente loca ó de poco más ó menos, como de atrevidos que les vienen á revolver el vaso, de los que, en aquel instante tal vez, se juran á la redención de su alma ruín, al pié de un héroe que muere, á pocos pasos del panal y el vino, de las heridas que recibió por defender la patria. Esto es así: unos mueren, mueren en suprema agonía, por dar vergüenza al olvidadizo y casa propia á esos mendigos más ó menos dorados, y otros, mirándose el oro, se ríen de los que mueren por ellos. ¡Es cosa, si no fuera por la piedad, de ensartarlos en un asador, y llevarlos, abanicándose el rostro indiferente, á ver morir, de rodillas, al héroe de oro puro é imperecedero, que expira, resplandeciente de honra, por dar casa segura y mejilla limpia á los que se mofan de él, á los que compadrecan, y parten el licor y la mesa, con sus matadores, á los que se esconden la mano en el bolsillo, cuando pasa el hambre de su patria, y riegan de ella, entre zetas y jotas, el oro del placer! Hay que ir adelante, para bien de los egoístas, á la luz del muerto. Hay que conquistar suelo propio y seguro.

De nuestras esperanzas, de nuestros métodos, de nuestros compromisos, de nuestros propósitos, de eso, como del plan de las batallas,—se habla despues de haberlas dado. De la penuria de las casas, del trastorno en que pone á mucho hogar nuestro la crisis del Norte, de eso se habla, en decoro fraternal, de mano á mano. De lo que ha de hablarse es de la necesidad de reemplazar con la vida propia en la patria libre esta existencia que dentro y fuera de Cuba llevamos los cubanos, y que, afuera á lo menos solo á pujo de virtud extrema y poco fácil puede irse salvando de la dureza y avaricia que de una generación á otra, en la soledad del país extraño, mudan un pueblo de mártires sublimes en una perdigonada de ganapanes indiferentes. De lo que

se ha de hablar es de la ineficacia é instabilidad del esfuerzo por la vida en la tierra extranjera, y de la urgencia de tener país nuestro antes de que el hábito de la existencia meramente material en pueblos ajenos prive al carácter criollo de las dotes de desinterés y hermandad con el hombre que hacen firme y amable la vida.

Si á la isla se mira, el dejarla ir, bajo el gobierno que la acaba, entre quiebras y suicidios, entre robos y cohechos, entre gabelas y solicitudes, entre saludos y temblores, podrá parecer empleo propio de la vida, y cómodo espectáculo, á quien no sienta afligido su corazón por cuanto afee ó envilezca á los que nacieron en el suelo donde abrió los ojos á los deberes y luz de la humanidad. Cuanto reduce al hombre, reduce á quien sea hombre. Y llega á los calcañales la amargura, y es náusea el universo, cuando vemos podrido en vida á un compatriota nuestro, cuando vemos, hombre por hombre, en peligro de podredumbre á nuestra patria. ¡Aunque no ha de haber temor, que la entrañas de nuestra tierra saben de esto más de lo que se puede decir, y no es privilegio de los cubanos expatriados, sino poder de los cubanos todos, é ímpetu más vehemente que el de sus enemigos, este rubor de la sangre sana del país por todos los que en él se olvidan y se humillan! Es la tierra en quiebra la que se levanta; la tierra en que las ciudades se van cayendo una tras otra, como las hileras de barajas. Es la ofensa reprimida, y el bochorno ambiente, de que ya la tierra se ahoga. Faltaba el cauce al decoro impaciente del país; faltaba el empuje; faltaba la bandera; faltaba la fé necesaria en la previsión y fin conocido de la revolución: eso faltaba, y nosotros lo dimos. Ahora, vamos á paso de gloria á la república: ¡Y á lo que estorbe, se le ase del cuello, como á un gato culpable, y se le pone á un lado!

Y si vemos afuera, y en lo de afuera á este Norte á donde por fantasmagoría é imprudencia vinimos á vivir, y por el engaño de tomar á los pueblos por sus palabras, y á las realidades de una nación por lo que cuentan de ella sus sermones de domingo y sus libros de lectura; si vemos nuestra vida en este país erizado y ansioso, que al choque primero de sus intereses, como que no tiene más liga que ellos, enseña sin vergüenza sus grietas profundas,—triste país donde no se calman ó olvidan, en el tesoro de los dolores comunes y en el abrazo de las largas raíces, las luchas desahucadas de los apetitos satisfechos con los que se quieren satisfacer, ó de los intereses que ponen el privilegio de su localidad por sobre el equilibrio de la nación á cuya sombra nacieron, y el bien de una suma mayor de hombres; si nos vemos, despues de un cuarto de siglo de fatiga, estéril é inadecuada al fruto escaso de ella, no veremos de una parte más que los hogares donde la virtud doméstica lucha penosa, entre los hijos sin patria, contra la sordidez y animalidad ambientes, contra el mayor de todos los peligros para el hombre, que es el empleo total de la vida en el culto ciego y exclusivo de sí mismo; y de otra parte se ve cuán insegura, como nación fundada sobre lo que el humano tiene de más débil, es la tierra, para los miopes sólo deslumbrante, donde tras de tres siglos de democracia se puede, de un vaivén de la ley, caer en pedir que el gobierno tome ya á hombros la vida de las muchedumbres pobres; donde la suma de egoísmos alocados por el gozo del triunfo ó el pavor de la miseria, crea, en vez de pueblo de trenza firme, un amasijo de entes sin sostén, que

dividen, y huyen, en cuanto no los aprieta la comunidad del beneficio; donde se han trasladado, sin la entrañable comunión del suelo que los suaviza, todos los problemas de odio del viejo continente humano. Y á esta agitada jauría, de ricos contra pobres, de cristianos contra judíos, de blancos contra negros, de campesinos contra comerciantes, de occidentales y sudistas contra los del Este, de hombres voraces y destituidos contra todo lo que se niegue á su hambre y á su sed, á este horno de iras, á estas fauces afiladas, á este cráter que ya humea, vendremos ya á traer, virgen y llena de frutos, la tierra de nuestro corazón? Ni nuestro carácter ni nuestra vida están seguros en la tierra extranjera. El hogar se afea ó deshace: y la tierra de bajo de los pies se vuelve fuego, ó humo. Allí, en el bullicio y tropiezos del acomodo, nacerá por fin un pueblo de mucha tierra nueva, donde la cultura previa y vigilante no permita el imperio de la injusticia; donde el clima amigo tiene deleite y remedio para el hombre, siempre allí generoso, en los instantes mismos en que más padece de la ambición y plétofa de la ciudad; donde nos aguarda, en vez de la tibieza que afuera nos paraliza y desfligura, la santa ansiedad y útil empleo del hombre interesado en el bien humano!

Cada cubano que cae, cae sobre nuestro corazón. La tierra propia es lo que nos hace falta. Con ella ¿qué hambre y qué sed? Con el gusto de hacerla buena y mejor, ¿qué pena que no se atenúe y cure? Porque no la tenemos, padecemos. Lo que nos espanta es que no la tenemos. Si la tuviésemos, ¿nos espantaríamos así? ¿Quién, en la tierra propia, despertará con esta tristeza, con este miedo, con la zozobra de limosnero con que despertamos aquí? A la raíz va el hombre verdadero. Radical no es más que eso: el que va á las raíces. No se llame radical quien no vea las cosas en su fondo. Ni hombre, quien no ayude á la seguridad y dicha de los demás hombres.

EL GENERAL GOMEZ.

A CABALLO por el camino, con el maizal á un lado y las cañas á otro, apeándose en un recodo para componer con sus manos la cerca, entrándose por un casucho á dar de su pobreza á un infeliz, montando de un salto y arrancando veloz, como quien lleva clavado al alma un par de espuelas, como quien no ve en el mundo vacío más que el combate y la redención, como quien no le conoce á la vida pasajera gusto mayor que el de echar los hombres del envilecimiento á la dignidad, va por la tierra de Santo Domingo, del lado de Monte Cristi, un jinete pensativo, caído en su bruto como en su silla natural, obedientes los músculos bajo la ropa holgada, el pañuelo al cuello, de corbata campesina, y de sombra del rostro trigueño el fieltro veterano. A la puerta de su casa, que por más limpieza doméstica está donde ya toca al monte la ciudad, salen á recibirlo, á tomarle la carga del arzon, á abrazarsele enamorados al estribo, á empujarle la última niña hasta el bigote blanco, los hijos que le nacieron cuando peleaba por hacer á un pueblo libre: la mujer que se los dió, y los crió al paso de los combates en la cuna de sus brazos, lo aguarda un poco atrás, en un silencio que es delicia, y bañado el rostro de aquella hermosura que da á las almas la grandeza verdadera: la hija, en quien su patria centellea, reclinada en el hombro de la madre lo mira como á novio: ése es Máximo Gomez.

Descansó en el triste Febrero la guerra de Cuba, y no fué para mal, porque en la tregua se ha sabido cómo vino á menos la pujanza de los padres, cómo atolondró al espantado señorío la revolución franca é impetuosa, cómo con el reposo forzado y los cariños se enclavó el peleador en su comarca y aborrecía la pelea lejos de ella, cómo se fueron criando en el largo abandono las cabezas tozudas de localidad, y sus celos y sus pretensiones, cómo vició la campaña desde su comienzo, y dió la gente ofendida al enemigo, aquella arrogante é inevitable alma de amo, por su mismo sacrificio más exaltada y satisfecha, con que salieron los criollos del barracón á la libertad. Las emigraciones se habían de purgar del carácter apoyadizo y medroso, que guió flojamente, y con miras al tutor extranjero, el entusiasmo crédulo y desordenado. La pelea de cuartón por donde la guerra se fué desmigajando, y comenzó á morir, había de desaparecer, en el sepulcro de unos y el arrepentimiento de otros, hasta que, en una nueva jornada, todos los caballos arremetiesen á la par. La política de libro, y de dril blanco, había de entender que no son de orden real los pueblos

nacientes, sino de carne y hueso, y que no hay salud ni belleza mayores, como un niño al sol, que las de una república que vive de su agna y de su maíz, y asegura en formas moldeadas sobre su cuerpo, y nuevas y peculiares como él los derechos que perecen, ó estallan en sangre vendedera, si se los merma con reparos injustos y meticulosos, ó se le pone un calzado que no le viene al pié. Los hombres naturales que le salieron á la guerra, y en su valor tenían su ley, habían de ver por sí, en su caída y en la espera larga, que un pueblo de estos tiempos, puesto á la boca del mundo refinó y menesteroso, no es ya, ni para la pelea ni para la república, como aquellos países de mesnaderos que en el albor torpe del siglo, y con la fuerza confusa del continente desatado, pudo á puro pecho sacar un héroe de la crianza sumisa á los tropiezos y noveletería del gobierno remendón y postizo. Los amos y los esclavos que no fundieron en la hermandad de la guerra sus almas iguales, habrían entrado en la república con menos justicia y paz que las que quedan después de haber ensayado en la colonia los acomodos que, en el súbito alumbramiento social, hubiesen perturbado acaso el gobierno libre. Y mientras se purgaba la guerra en el descanso forzoso y conveniente, mientras se esclarecían sus yerros primerizos y se buscaba la forma viable al sentimiento renovado de la independencia, mientras se componía la guerra necesaria en acuerdo con la cultura vigilante y el derecho levantisco del país, Gomez, indómito tras una prueba inútil, engañaba el desasosegado corazón midiendo los campos, cerrándolos con la cerca cruzada de Alemania, empujándolos inquieto al cultivo, como si tuviese

se delante á un ejército calmado, puliendo la finca recién nacida, semilleros y secaderos, batey y portón, vegas y viviendas, como si les viniera á pasar revista el enemigo curioso. Quien ha servido á la libertad, del mismo crimen se salvaría por el santo recuerdo: de increíble degradación se levantaría, como aturrido de un golpe de locura, á servirla otra vez; ni en la riqueza ni en el amor ni en el respeto ni en la fama halla descanso, mientras anden por el suelo los ojos donde chispeó antes la suprema luz. Y de día y de noche se oye á la puerta relinchar el caballo, de día y de noche, hasta que, de una cerrada de muslos, se salta sobre la mar, y orea otra vez la frente, en servicio del hombre, el aire más leve y puro que haya jamás el pecho respirado!

Iba la noche cayendo del cielo argentino, de aquel cielo de Santo Domingo que parece más alto que otro alguno, acaso porque los hombres han cumplido tres veces bajo él su juramento de ser gusanos ó libres, cuando un cubano caminante, sin más compañía que su corazón y el mozo que le contaba amores y guerras, descalzaba el portillo del cercado de trenza de una finca hermosa, y con el caballo del cabestro, como quien no tiene derecho á andar montado en tierra mayor, se entró lentamente, con nueva dignidad en el épico gozo, por la vereda que seguía hasta la vivienda oscura: da el misterio del campo, y de la noche toda su luz y fuerza natural á las grandezas que achica ó desluce, en el denteleto de la vida populosa, la complicidad ó tentación del hombre. Se abrieron á la vez la puerta y los brazos del viejo General: en el alma sentía sus ojos, escudriñadores y tiernos, el recién llegado; y el viejo volvió á abrazar en largo si-

recibido todos carta del padre amante. El anduvo treinta y seis leguas para traer á Clemencia de Santiago, y salió ayer para la Reforma, que está á veinte; pero nos dijo que le pusieramos un propio, que él vendría en seguida. El mismo, como para un amigo de toda la vida, se prepara el viaje del mensajero testarudo, que quiere ir á saludar junto á su arado al viejo augusto que cria á su casa en la pasión de un pueblo infeliz. Mañana le da de beber, y le rebalza el rostro de piedad, bajo la corona de sus canas juveniles. ¡Santa casa de abnegación, donde no llega ninguna de las envidias y cobardías que perturban el mundo!

Y la casa tiene un desván que mira al mar donde, una vez al menos, no se ha hecho nada indigno de él. Por la escalera de la alcoba, alta y oscura como una capilla, se sube al rincón de escribir del General, con las alas del techo sobre la cabeza, la cama de campaña al pié del escritorio, y el postigón por donde, entra, henchido de sal pura, el viento arremolinado. Allí esquivándose á los halagos fraternales de los montecristinos, dió el General cita, con su pañuelo al cuello y una mirada que se ve en hombre pocas veces, á un cubano que por primera vez sintió entonces orgullo, para ver el mejor modo de servir á Cuba oprimida, sin intrusión ni ceguera ni soberbia. Un pueblo entero pasó por aquel desván desmantelado; y sus derechos, para no hollar ninguno, y sus equivocaciones, para no recaer en ellas, y sus recursos, para emplearlos con seguridad, y sus servidores, para abrazarse á todos, y los infieles mismos, para no conocerles más que la grandeza pasada y la posibilidad de arrepentirse. Con palabras sencillas, en voz baja, andando leguas en una pregunta, mirándose como si se quisieran cambiar el corazón, y no sin cierta sagrada tristeza, aquellos dos hombres, depositarios de la fe de sus compatriotas, acababan de abrir el capítulo de la libertad de un pueblo: y se le ponían de abono. Le caían años sobre el rostro al viejo General: hablaba como después de muerto, como dice él que quiere hablar: tenía las piernas apretadas en cruz, y el cuerpo encogido, como quien se repliega antes de acometer: las manos, las tuvo quietas: una llama clara e intensa, le brillaba en los ojos; y el aire de la mar jugaba con su pañuelo blanco.

Y allá en Santo Domingo, donde está Gomez, lo sano del país, y lo que recuerda, y lo que espera. En vano, al venir de su campo, busca él la entrada escondida: porque en el orgullo de sus dos hermanas, que por Cuba padecieron penuria y prisión, y en la viveza, y como mayor estatura, de los hijos, conoce la juventud enamorada que anda cerca el tenaz libertador. A paso vivo no le gana ningún joven, ni á cortes; y en lo sentencioso, se le igualan pecos. Si va por las calles, le dan paso todos: si hay baile en casa del gobernador, los honores son para él, y la silla de la derecha, y el coro ansioso de oírle el cuento breve y pintoresco: y si hay danza de gracia en la reunión, para los personajes de respeto que no trajeron los cedazos apuntados con amigas y novias, para él escoge el dueño la duna de más gala, y él es quien entre todos luce por la cortesia rendida añeja, y por el baile ágil y caballeresco. Palabra vana no hay en lo que él dice, ni esa lengua de miribaque, toda inflada y de pega, que sale a libra de viento por adarme de armadura, sino un modo de hablar ceñido al caso, como el tahalí al cinto: ú otras veces, cuando no es una temeza como de niño, la palabra centellea como el acero arrebataado de un golpe á la vaina. En colores, ama lo azul. De la vida, cree en lo maravilloso. Nada se muere, por lo que "hay que andar derecho en este mundo." En el trabajo "ha encontrado su único consuelo." "No subirá nadie: he puesto de guardia á mi hijo." Y como en la sala de baile, colgado el techo de rosas y la sala henchida de señoriles parejas, se acogiese con su amigo caminante á la ventana á que se apiñaba el gentío descalzo, volvió el General los ojos, á una voz de cariño de su amigo, y dijo, con voz que no olvidarán los pobres de este mundo: "Para estos trabajos yo."

Si; para ellos; para los que llevan en su corazón desamparado el agua del desierto y la sal de la vida: para los que le sacan con sus manos á la tierra el sustento del país, y se desahogan el paso con su sangre al invasor que se la viola; para los desvalidos que cargan, en su espalda de americanos, el señorío y perrada de las sociedades europeas; para los creadores fuertes y sencillos que levantarán en el continente nuevo los pueblos de la abundancia común y de la libertad real; para desatar á América, y desuncir el hombre. Para que el pobre, en la plenitud de derecho, no llame, con el machete enojado,



El general Gomez.

lencio al caminante, que iba á verlo de muy lejos, y á decirle la demanda y cariño de su pueblo infeliz, y á mostrar á la gente canija cómo era imposible que hubiese fatal pelea entre el heroísmo y la libertad. Los bolios se encendieron: entró á la casa la carga ligera: pronto cubrió la mesa el plátano y el lomo, y un café de hospedaje, y un fondo de ron bueno de Beltian: dos niñas, que vinieron á la luz, llevaban y traían: fué un grato reposo de almas la conversación primera, con esa rara claridad que al hombre pone el gusto de obrar bien, y unos cuantos contornos en el aire, de patria y libertad, que en el caserón de puntal alto, á la sombra de la pálida vela, parecían como tajos de luz. No en la cama de repuesto, sino en la misma del General había de dormir el caminante: en la cama del General, que tiene colgada á la cabecera la lámina de la tumba de sus dos hijos. Y en tres días que duró aquella conversación, sobre los tanteos del pasado y la certidumbre de lo porvenir, sobre las causas perocederas de la derrota y la composición mejor y elementos actuales del triunfo, sobre el torrente y unidad que ha de tener la guerra que ya revive de sus yerros, sobre el sincero amor del hombre que ha de mover á toda revolución que triunfe, porque fuera crimen sacarlo á la muerte sino para su rescate y beneficio; en aquella conversación por las muchas leguas del camino, ganándole á las jornadas las horas de luna, salvando á galope los claros de sol, parándose con tristeza ante el ceibo gigante, graneado de balas fratricidas, abominando las causas remediables, de castas y de comarcas, porque está aún sin su pleno poder aquella naturaleza tan hermosa, no hubo palabra alguna por

la que un hijo tuviera que avergonzarse de su padre, ni frase hueca ni mirada de soslayo, ni rasgo que desluciese, con la odiosa ambición, el amor hondo, y como sangre de las venas y médula de los huesos, con que el General Gomez se ha jurado á Cuba. Se afirma de pronto en los estribos, como quien va á mandar la marcha. Se echa de un salto de la hamaca enojosa, como si tuviera delante á un picaro. O mira largamente, con profunda tristeza.

Su casa es lo que hay que ver, cuando él no está, y baja á la puerta, cansado del viaje, el mensajero que va tal vez á hablar del modo de dejar pronto sin su sostén á la mujer y sin padre á los hijos. El júbilo ilumina todos aquellos rostros. Cada cual quiere servir primero, y servir más. "Manana" generosa, la compañera de la guerra, saluda, como á un hermano, al desconocido. Un fuego como de amor, como de la patria cautiva y rebelde, brilla en los ojos pudorosos de la hija Clemencia. Se aprietan al visitante los tres hijos mayores: uno le sirve de guía, otro de báculo, el otro se le cose á la mano libre. Cuanto hay en la casa se le ha de dar al que llega. "¡Ay, Cuba del alma!" "¿Y será verdad esta vez?; porque en esta casa no vivimos hasta que no sea verdad!" "¡Y yo que me tendré que quedar haciendo las veces de mi padre!" dice con la mirada húmeda Francisco el mayor. Máximo, pálido, escucha en silencio: él se ha leído toda la vida de Bolívar, todos los volúmenes de su padre; él, de catorce años, prefiere á todas las lecturas el Quijote, porque le parece que "es el libro donde se han defendido mejor los derechos del hombre pobre." Urbano, leal, anhela órdenes. Aquella misma tarde han

LA PROTESTA DE BARAGUÁ.

EPISODIO HISTÓRICO DE LA REVOLUCIÓN DE CUBA POR
Fernando Figueredo Socarrás

(Continuación.)

MUCHO costó al enemigo desalojarnos de la posición que ocupábamos que, aunque no era la mejor, fué bizarramente defendida por nuestra tropa. A las 9 se acallaron los fuegos. Habíamos tenido dos muertos y algunos heridos, de los cuales uno, grave, había caído en poder del enemigo, así como un ordenanza que portaba nuestro exiguo y pobre archivo. El enemigo descansó a poca distancia de nosotros, y con gran sorpresa de todos, nos alcanzó el ordenanza con un pliego del Coronel Sr. Nieto, Jefe de operaciones dirigido al Sr. General Calvar, Jefe del Gobierno cubano. Anunciaba el Coronel devolver al ordenanza con todos los enseres de escribir, documentos, etc.; tan sólo se había quedado con nuestro ajedrez como un recuerdo del combate. Anunciaba también que nuestro herido había sido curado, y con los de él, remitido á su hospital de sangre: los cadáveres habían sido sepultados! . . .

¡Cómo se burlaban los españoles de nuestra debilidad! Resueltamente habían regularizado la guerra en las postrimerías de la Revolución . . .

Las operaciones bajo la dirección del Coronel Nieto, (muerto alevosamente después de la paz en la Habana) continuaron con una actividad extraordinaria. Habíamos vuelto á los primeros días después de rotas las hostilidades: no se nos permitía el tiempo indispensable siquiera para comer. El Coronel Maceo, al frente de la exigua escolta que ya nos quedaba, hacía una resistencia tenaz al enemigo, que envalentonado por nuestra situación, que conocía á fondo, obtenía con facilidad un resultado

de la dignidad del pueblo cubano, abandonados de todos, no vislumbraron un rayo de esperanza que los salvase de la bochornosa capitulación; todo el día 16 lo pasamos agoviados por las más tristes reflexiones.

Al amanecer del 17, nos movimos hacia Guantánamo, y apenas en marcha, vuelve el enemigo á presentarse, pretendiendo esta vez obstruir nuestro camino é impedir nuestra avance. Las fuerzas, á las órdenes del Brigadier Guillermo Moncada, forzaron el paso y ganamos magníficas posiciones ya en la montaña.

El último fuego se sostuvo como á las diez de la mañana, después . . . no oí un tiro más por la causa de la libertad de nuestra Patria! Aquel último combate en aquella zona, fué librado por una pequeña fuerza resto del Regimiento Santiago, á las órdenes del Coronel Maceo y escolta del Brigadier Moncada, por un lado, y fuerzas españolas al mando del Coronel Nieto por otra.

El 17 fué un día fecundo en impresiones desesperantes. Poco después de perderse en la inmensidad de aquella montaña el eco del último tiro en ese singular combate, entre la tiranía europea contra la libertad americana, y que se apellidó la Revolución cubana, llegó á nuestro campamento un correo procedente de Baire, por líneas españolas, en que nos participaban que el Comandante Acosta, segundo Jefe del Regimiento Bayre número 5, había arrastrado toda la fuerza del Sur de Jiguani, desertando de su Jefe el Teniente Coronel Cebreco y dejando muerto al Capitán Aguilera, de Bayamo, que se había opuesto á la traición . . .

Por la tarde, nos sorprendió el Teniente Coronel Lacret, procedente de Jamaica, á donde había acompañado al General Maceo. El Teniente Coronel venía hondamente impresionado, traía nada menos que la convicción de que eran ilusorias las

y Santa Rita (Jiguani) solicitando que se entablaran relaciones con el enemigo.

Fué aquel el primer momento en que se habló en la residencia del Gobierno formalmente de la paz!

El 19 de mayo, después de varias conferencias entre el Brigadier Moncada y el Coronel Maceo, y detenidos acuerdos con sus oficiales presentes en el campamento, se resolvieron á acercarse al Gobierno Provisional, y á nombre de la Brigada de Guantánamo, de que era Jefe Moncada, y del Regimiento Santiago, á las órdenes de Maceo, pidieron que el Gobierno entrase en relaciones con el General Martínez Campos, y terminara aquel angustioso é insostenible estado de cosas.

Se acusó por algunos á Moncada de haber ido expresamente á la residencia del Gobierno á impulsarle á favor de la paz, y debemos protestar contra tan gratuita acusación. Moncada fué llamado por el Gobierno, y su resolución obedeció á la violenta é inesperada conducta del Coronel Sánchez y demás Jefes que comandaban en Holguín, y del Comandante Abosta de Jiguani, pero más que nada de la triste pintura que de la emigración de Jamaica hiciera á su regreso el Teniente Coronel Lacret, quien con la gráfica descripción que nos presentara del "meeting" patriótico de Kingston, acababa de arrancar la última esperanza de refuerzos, allí donde se tenía la vista fija en el extranjero, á cuya idea nos asiamos como el infeliz naufrago á la tabla de salvación.

El Gobierno Provisional, en presencia de los acontecimientos, se reunió, y después de pesar, como el asunto ameritaba, aquella situación, midiendo á la vez la responsabilidad que iba á contraer ante la Patria y ante la Historia, acordó como sigue:

"En el campamento Loma Pelada, sobre el río Barigua, jurisdicción de Cuba, á las 10 de la mañana del día 16 de mayo de 1878, se reunió, por convocatoria del Presidente Calvar, el Gobierno Provisional en Consejo extraordinario, asistiendo el Presidente, el Vocal Mármol y el Secretario Figueredo y no el Vocal Beola por hallarse en comisión.

"Principió el acto con la lectura del acta anterior que fué aceptada. El Presidente manifestó que el objeto de haber convocado al Gobierno en Consejo extraordinario era para poner en su conocimiento que á las seis de la mañana del día de hoy, había llegado á este campamento el Teniente Coronel José Lacret que en el día de ayer había regresado á la ciudad de Santiago de Cuba, procedente de Kingston, á donde según consta al Gobierno, fué acompañando al Mayor General Maceo, en calidad de Ayudante.

"Que el Teniente Coronel Lacret es portador de pliegos del General Maceo y Brigadier Rius para el Gobierno y al mismo tiempo, de noticias tan desconsoladoras de la emigración de la vecina Isla, que vienen á desvanecer la última esperanza de salvación que alimentaba el Gobierno.

"Los documentos que trae el comisionado del General Maceo, ponen de manifiesto los acontecimientos que tuvieron lugar en la ciudad de Kingston á su llegada.

Ver continuación

ARTURO T. BERUTICH.

E. SPINETTI.

HOTEL AMERICA.

1469 Michigan Avenue,
CHICAGO.

Succursal del HOTEL AMERICA de New York.

EL ÚNICO HOTEL ESPAÑOL
É HISPANO-AMERICANO SITUADO
EN EL PUNTO MAS ELEGANTE
VARISTOCRÁTICO DE LA CIUDAD

PRECIOS: } de \$3 á \$4 diarios, según las habitaciones.

CABLE: BERUTICH.

ANTONIO RODRIGUEZ.

Residente en esta ciudad hace diez y seis años,
y habiendo trabajado en las mejores fábricas
de Nueva York, se ofrece á la colonia Española
é Hispano-Americana para todos losTRABAJOS DE JOYERÍA
Y COMPOSICIONES.
Garantizando todos sus trabajos.Acudo á recoger los trabajos por medio
de un envío postal.

205 East 83d St., NUEVA YORK.

puertas de los desdeñosos que se lo nieguen: para que la tierra, renovada desde la raíz, dé al mundo el cuadro de una patria sana, alegre en la equidad verdadera, regida conforme á su naturaleza y composición, y en la justicia y el trabajo fáciles desahogada y dichosa: para llamar á todos los cráneos, y hacer brotar de ellos la corona de luz. Se peca; se confunde; se toma un pueblo desconocido, y de más, por el pueblo de menos hilos que se conoce; se padece, con la autoridad de quien sabe morir, por la inercia y la inidia de los que pretenden guiar las guerras que tienen el valor de hacer: corre por las bridas la tentación de saltar, como por sobre la cerca que cierra el camino, sobre la verba y penderia, ó el miedo forense, que disputan el paso á la batalla: á la ley no se le niega el corazón, sino á la forma inoportuna de la ley: se quiere el principio seguro, y la mano libre. Guerra es pujar, sorprender, arremeter, revolver un caballo que no duerme sobre el enemigo en fuga, y echar pié á tierra con la última victoria. Con causa justa, y guerra así, de un salto se va de Lamensura á palacio. Y luego, descansará el sable glorioso junto al libro de la libertad.

LA BATALLA DE PALO SECO.

MUCHO piden á PATRIA el número en que apareció el cuadro de la Batalla de Palo Seco, por Joaquín Barroso. No hay un número más, y se repite el cuadro hoy, con el boceto que describe á su héroe en la espera del destierro: ¿qué tierra es la de Gómez sino aquella por la que se expuso tantas veces á morir?

La batalla, el libro de Enrique Collazo la cuenta así:

"Proponíase el general Gómez atacar á Guáimaro, cuando tuvo noticias de que el enemigo marchaba á sorprender, conducido por un presentido, el depósito del parque del general Vicente García, y, cambiando de parecer, dió orden inmediatamente de ir á su alcance, emprendiendo marcha y destacando á vanguardia al Comandante Baldomero Rodríguez con 30 ó 40 hombres y con orden de cargar al divisarlo. Al salir á la Sabana de San Joaquín, terreno limpio y llano de bastante extensión, divisó la columna enemiga y sigue impávida y tranquilo, haciendo caso omiso del movimiento que para envolverlo estaba efectuando la caballería contraria: rompe el fuego y avanza. A los tiros de Rodríguez carga el general Gómez y ginetes y españoles y cubanos hácese una sola masa, que va á caer sobre la fuerza de infantería para desbaratarla en poco más de un cuarto de hora, dejando 507 muertos sobre el campo y 53 prisioneros, entre ellos el comandante Martitegui, que se habían refugiado en la trinchera de Palo Seco, y los cuales fueron puestos en libertad más tarde. El gobierno español suprimió el parte de la acción, contentándose con dar por disuelto el batallón Valmaseda, sin decir quién había sido el disolvente.

En esta acción, cuyo éxito se debe en primer término al jefe de la vanguardia, Baldomero Rodríguez, se ve la fuerza é impetuosidad del ataque de nuestra caballería y el orden y disciplina con que se lleva á efecto, no orden táctico, pero sí según nuestra costumbre y conveniencia; procedimiento puesto en práctica en distintas ocasiones de igual manera, y que á la vez prueba nuestra aptitud para batirnos en orden y al descubierto. Nuestras bajas en Palo Seco, fueron casi insignificantes comparativamente, pues no llegaron á 15 entre muertos y heridos."

De alguien no pudo hablar la descripción sóbria y sesuda de nuestro comandante Collazo; y es del pintor. Es hermano Barroso, de los pocos que cruzan este mundo con corazón de hermano. No le impacienta la infelicidad ajena, sino que lo estimula, á ver cómo la alivia. Los desvalidos, de inteligencia ó de tesoro, esos son los que Barroso ama. El se sienta, después de su trabajo del día, á enseñar á leer, á enseñar á pintar. El se enseñó el pincel. El ama la patria, y el Cayo en que se ha probado su virtud, y la belleza cuyo cultivo ennoblece y consuela las horas agrias de la expatriación. El, en aquellas pobreza del arrenal trabajador, ha abierto, con los Figueredo y los Pérez, con los Palma y los Poyo, una Academia de dibujo y pintura donde el arte es de la patria todo, y los modelos preferidos son sus héroes. El se guarde el noble corazón contra la ingratitud ó el desconocimiento que se lo convienen al cansancio. No se descansará, sino en un rincón de Cuba. Y á Cuba hay que ganarla á acero puro, como la batalla de Palo Seco.



BATALLA DE PALO SECO.

Cuadro al óleo por Joaquín Barroso.

ventajoso. Por otro lado la defección era espantosa. Por todas partes no nos llegaban sine noticias de la gente que abandonaba nuestro campo. Aquello semejava un deshielo: aún de nuestro campamento se marchaba la gente al enemigo; los oficiales Mederos y Repilado desertaron sin esperar que la noche cubriera con su sombra su vergonzoso acto. Y lo peor era que nuestros recursos de guerra se agotaban. Había soldado con dos cápsulas en su canana. El más favorecido disponía de cinco tiros. Pronto nos veríamos sin tener con qué hacer resistencia; y entonces? . . .

Suponíamos que igual suerte correrían todos nuestros compañeros: Moncada y Martínez Freyre en Guantánamo, Crombet en Cuba, Rabit en Jiguani y Limbano Sánchez en Holguín.

Como el día 15 cesó la persecución del enemigo, coincidía esta circunstancia con la llegada de Moncada de Guantánamo, que venía, según instrucciones, con una pequeña fuerza á escoltarnos hacia las lomas en busca de las trincheras naturales que el accidentado terreno de Oriente ofrece á los patriotas. Nuestra historia y nuestros sufrimientos habían sido los mismos de Moncada y sus compañeros. Allí la defección había sido más terrible aún. El Prefecto de Jutinicun, Capitán Wenceslao García, con unos 25 hombres de tropa y un gran número de familia, entre otros, se había pasado al enemigo, cometiendo la villanía de llevarse el parque de la Brigada que en gran cantidad se le había confiado y dejando la Revolución, en medio de su agonía, sin el derecho de la natural defensa. Los comentarios acerca de nuestra situación el 16, eran desesperantes: nuestro horizonte estaba circundado de nubes negras. No se divisaba siquiera un punto blanco. Los hombres que aún sostenían la bande-

ofertas de auxilio del extranjero, por lo menos, refiriéndose á Jamaica. Estaba convencido de que la causa de Cuba era abandonada de todos, y, como él decía, maldecida por el cielo! . . .

La llegada de Maceo á Kingston había producido un efecto por demás desconsolador: había sido apostrofado durante su llegada, se le habían lanzado las más negras acusaciones, se le calificó de traidor (¡infamia desmedida!) hasta se le creyó vendido al oro español . . .

El, sin embargo, llevaba una misión que cumplir, un deber que llenar, y secundado por un pequeño grupo, llamó á la emigración á un "mass meeting" en el que el Brigadier Rius expuso en enérgico lenguaje nuestra situación y la imperiosa necesidad de socorrernos inmediatamente.

Después de mucho comento y discusión se resolvió hacer una colecta para comprar municiones de guerra y una lista de los que voluntariamente quisieran marchar al campo. Esto sucedía el día 13 de mayo; el 14 en un segundo "meeting" rindieron sus informes las comisiones. La emigración de Jamaica contribuía, después de su magnánima oferta, con 5 hombres y 7 chelines para socorrer á los patriotas que agonizaban en los campos de batalla . . .

¡Juzgue y comente nuestra resolución el que esto lea!

El día 18 por la mañana nos llegó un correo de la Brigada de Holguín en que se nos comunicaba por el Coronel Sánchez que él y el Coronel Peralta habían entrado en relaciones con el enemigo y que llevarían á cabo la capitulación de la Brigada inmediatamente.

Ya hacía días que el Gobierno mantenía una petición de los vecinos de las Prefecturas de Baire



Títulos en este número

De José Martí

Bases del Partido Revolucionario Cubano I, 279-280

A la raíz II, 377-380

El General Gómez IV, 445-451

De otros autores

Fernando Figueredo Socarrás: La Protesta de Baraguá. Episodio histórico de la Revolución de Cuba. 13

Sin firma

Directorio del Partido Revolucionario Cubano

Relación de Clubs Cubanos

La Batalla de Palo Seco

Imágenes

El General Gómez

Batalla de Palo Seco,(Cuadro al óleo por Joaquín Barroso)